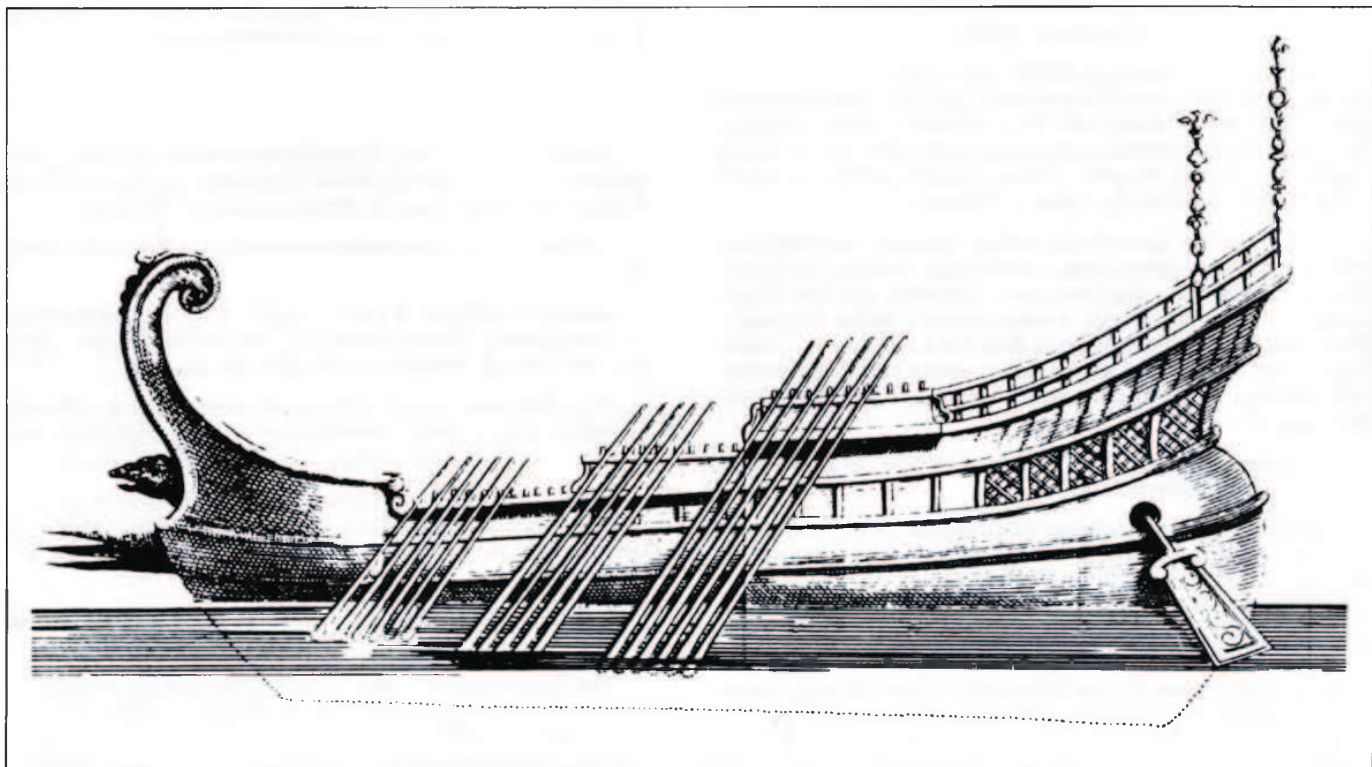


¡EZPATA! ¡EZPATA!

¿POR QUE DICES QUE NO FUE ASI? Y TU, ¿QUE SABES? ⁽¹⁾

MICHEL ECEIZA



La mar estaba tranquila y la marea baja aquella soleada tarde de julio, lo que aprovechaban las hembras jóvenes de la tribu para recolectar mejillones y lapas en las rocas de Igueldo que daban a la bahía de La Concha. Claro que, de ésto, hace unos 3.100 años, minuto más o menos.

Con agilidad simiesca, saltaban descalzas de roca en roca y se avisaban gozosas, unas a otras, cuando daban con un vivero, lo cual, entonces, no era raro. Sus cuerpos desnudos, para evitar que los salpicones de las olas mojasen sus túnicas de basto lino con que se cubrían normalmente y que habían dejado más arriba, se destacaban dorados entre el verdusco amarillento de las rocas. Tan bello espectáculo no tenía espectadores, ya que los hombres de la tribu correteaban, en aquellos momentos, tras algún jabalí, ciervo o pieza por el estilo con tal que fuese comestible. Y si a ellos no les contamos, habría que recorrer veintenas de kilómetros para encontrar otros bípedos capaces de apreciar las esculturales formas de aquellas «neskatillas».

Repentinamente Argía, una de las mocitas que, más que recolectar, jugaba con las olas, gritó alarmada:

¡Mirad, mirad a la bahía! (Esto, claro, lo dijo en euskera, pero como lo dijo en el que se hablaba entonces, no quiero recibir un rapapolvo del amigo Koldo, si lo transcribo exactamente).

Todas miraron y se asombraron. Tres «enormes» embarcaciones avanzaban, a golpe de remo, hacia la playa de Ondarreta. Y, sin saber bien por qué, las chicas recogieron su cosecha de moluscos y brincaron hacia donde dejaron sus

someras vestimentas, desapareciendo con la rapidez de lagartijas entre la tupida vegetación del monte, presas del pánico a lo desconocido.

Como caía la tarde, Himilco, jefe de la flota fenicia que bordeando Iberia quería llegar a las fuentes del estaño, había dado orden de adentrarse en aquella bahía que prometía ser un buen refugio para pasar la noche. Sabía lo suficiente del Cantábrico para no fiarse de él ni en los mejores días del verano. Por ello, las tres naves de que se componía su flota, se adentraron en la Concha, pasando entre Santa Clara y Urgull, girando luego hacia el Oeste para, al amparo de Igueldo, ponerse al abrigo de los nefastos vientos del Noroeste.

Mientras se efectuaba la maniobra, los ojos de halcón de Badezor, el piloto, recorrieron los contornos del lugar fijando en su fotográfica mente hasta los más nimios detalles. Estudió los montes cercanos y lejanos, los empinados islotes que dejaron atrás—*entonces Urgull también era isla*— y los arenales que se extendían hacia el Sur hasta morir en colinas cubiertas de peso arbolado.

Bonito lugar—dijo (anticipándose en 2.000 años, por lo menos, a otros turistas). *No parece muy habitado, pero, como los nativos de estas costas son menos de fiar que el mar, estimo que haríamos bien en no acercarnos a tierra hasta mañana.*

Montaremos una guardia y anclaremos aquí mismo—dijo Himilco—. *Necesitamos viveres y agua fresca. Veremos las posibilidades de proporcionarnos ambas cosas...*

Quizá los nativos conozcan alguno de los metales que buscamos—sugirió Abishemu el lugarteniente.

Y con tales pensamientos y tras largas conversaciones sobre las singladuras efectuadas y las que les esperaban (conversaciones que, además de habladas en púnico, idioma del cual no estoy muy enterado, no tenían mayor interés para nuestro relato), para cuando llegó la noche, las tres naves, de una veintena de metros de eslora, bastante rechonchas, con la proa y la popa alzándose a la misma altura sobre las bordas, sendas filas de remos en sus panzudos costados y un corto mástil en el centro del cual pendía, aunque ahora recogida, una vela cuadrangular; anclaron en medio de la bahía.

El amanecer siguiente fue bello. La mar se mantenía tranquila, pero no lo estaban tanto los seres humanos que—*embarcados o en tierra*—examinaban las perspectivas del día que se desperzaba mientras el sol asomaba por la lejana y negruzca Ayako-arri.

Los fenicios acercaron una de sus naves a la arena. Lenta, parsimoniosa, avanzando a leve toque de remos en el agua, se acercó a la desierta playa donde las olas rompían con suave siseo. En la proa, atento a la disminución de la profundidad, un barbudo marino controlaba, con gestos manuales, el modulado accionar de los remeros hasta que, a un gesto perentorio, dejaron de bogar. El bajel varó suavemente en la arena por su propio impulso.

Inmediatamente, los fenicios trasladaron a tierra a su diosa Asherat «La del Mar» y la hicieron dueña de aquella tierra ofreciéndole un sacrificio bajo los rayos del sol saliente. Luego, a los pies de su improvisado altar, desplegaron todo el esplendor de su oriental quincallería: telas de brillantes colores, entre los que predominaba el púrpura, abalorios de cobre, bronce, marfil y alguno que otro de plata y oro; vasijas de vistosa cerámica roja con adornos negros, además de útiles de bronce tales como hachas, azadas, cuchillos, ...

Los nativos, alertados desde la víspera por las muchachas, los contemplaban escondidos entre la tupida vegetación de Loreto-Pea, pasmados ante tal despliegue de riquezas efectuado por aquellos hombres de largas túnicas y barbas recordadas. No daban impresión de ser peligrosos los que se encontraban en la playa, pero, a los ojos atentos de los emboscados no se les ocultó que, a bordo, quedaban otros hombres con yelmos en las cabezas, coseletes en el pecho y jabalinas, arcos y flechas en las manos.

No obstante, cuando después de desplegar su bamballa, los fenicios se retiraron a la nave y ésta se apartó unos metros de la orilla, los vascos se miraron entre sí:

¿Es que nos regalan todo eso?—preguntó Otxo perplejo.

¡Bai ta ere! ¡Es una trampa!—sentenció Zekodin.

¡Pareceis tontos!. Lo que quieren es cambiar eso por cosas nuestras. Como es gente que viene del mar, a lo mejor lo que quieren es carne...—opinó Antxoka.

Enseguida lo veremos—decidió Kuxko, quien había sorprendido a un corzo en Ayete y lo tenía muerto junto a sí. Tomó el animal sobre sus hombros y se dirigió resueltamente hacia la playa. Dejó su presa junto a los tesoros y se retiró al abrigo de las rocas.

Un fenicio, que se mantenía en un pequeño esquife al lado de la nave, remó hasta la playa, apartó el corzo a un lado dejando junto a él una copa de reluciente cobre y se retiró a su esquife.

Kuxko regresó junto a su presa, tomó un hacha de bronce y la colocó junto a la copa retirándose a continuación. El fenicio volvió, retiró la copa de cobre y se llevó el corzo, dejando el hacha destellando en la arena.

Kuxko dejó su refugio, recogió la herramienta y regresó a los suyos quienes hicieron corro en su torno, examinando detenidamente aquel instrumento de textura y hechura desconocida para ellos. La probaron contra un árbol y pronto se dieron cuenta de su superioridad sobre sus «aizkoras» de piedra...

Y allí fue la desbandada. Cada uno, ansioso de herramienta y arma similar, se fue en pos de un animal que cazar para poder trocarlo por un hacha.

Los fenicios, perros viejos en esto de comerciar con «salvajes», esperaron pacientes. Hacia el mediodía, aparecieron los primeros nativos cargados con los animales más variados. Esta vez, un trío de mercaderes de larga túnica púrpura, sin otra arma que un pequeño puñal de bronce, les esperaban para agilizar el cambalache.

Así surgió un mercadillo pleno de actividad. Contagiadas por lo hombres, pronto intervinieron las mujeres también, atraídas por las joyas, las telas y los recipientes de cerámica. Como se ve, hace 3.100 años también les eran irresistibles esas cosas.

Unos y otras marchaban con sus adquisiciones, más o menos contentos del trueque. Aprovechando la buena disposición de los nativos, otros fenicios bajaron con grandes vasijas y con gestos pidieron que les enseñasen dónde coger agua potable. Por su parte, los mercaderes mostraron granos de trigo, de cebada y centeno indicando que también apetecían aquellas cosas; sin embargo, de ésto mal podían surtirles quienes no tenían cultivos, así como tampoco de aquellas piedras irisadas que los fenicios enseñaban insistentemente, ofreciendo las más preciadas joyas y herramientas a quien trajese pedruscos parecidos. Pero, aquellos nativos aún no sabían lo que guardaba en su seno Ayako-arri.

Dos días duró aquel comercio, al cabo de los cuales, los vascos habían acabado con la caza menuda en varios kilómetros a la redonda y los púnicos llenado sus bodegas con carne salada y ahumada sobre la marcha. Mas los fenicios no estaban satisfechos del poco provecho obtenido en aquel lugar. Y ello les hizo malévolos. Faltos de algunos remeros esclavos, fallecidos en el curso de su lento navegar costero, comenzaron a ver con otras miras que las meramente comerciales a los fornidos mocetones que les surtían de carne. Tampoco las «neskas» les eran indiferentes, pero ..., mejor dejarlas para la vuelta.

Lo malo es que los chicarrones nunca venían solos. Siempre lo hacían en grupo y armados con sus porras y jabalinas. Toda invitación que se les hizo para subir a bordo, encontró obstinada resistencia. Los vascos veían con recelo aquella especie de animales marinos de especie desconocida. Así, la idea de hacer subir a unos cuantos con amigables gestos y palabras, emborracharlos con licor preparado para adormecerlos y hacerse a la mar para que, cuando recobrasen el conocimiento, se encontrasen amarrados a los remos; no parecía viable. También pensaron en lanzarse inopinadamente sobre un grupo y obligarle a subir a bordo a punta de azagaya, pero, aquellos nativos, aunque armados someramente, ofrecían el fiero aspecto de ser capaces de ocasionar más bajas en los secuestradores que prisioneros pudieran hacer éstos. Lo que, a sus analíticas mentes, resultaba herético.

Así que, al tercer día, ya no bajaron la mercancía a la arena. Ofrecieron sacrificio propiciatorio a su diosa Asherat «La del Mar», y se dispusieron a zarpar tan pronto como la marea desencallase a la nave comerciante, que se había dejado atrapar por la bajamar.

Así estaban las cosas cuando en la playa, ahora desierta, apareció corriendo un mozallón. Era Lulen, portando sobre su espalda y sujeto por las patas, un jabalí de considerable tamaño. La enorme fortaleza que demostraba aquel hombre encandiló a Himilco, sobre todo al ver que venía desarraigado.

Que preparen un buen recibimiento a ése—dijo a su lugarteniente—. *Va a ser el mejor remero de la flota ...*

Cuando Lulen llegó junto a la nave, gritó:

¡Quiero la mejor «aizkora» y un «lepoko» para mi Oneka!

Claro que los fenicios entendieron lo del hacha y el collar, pues no en vano habían oído esos nombres repetidas veces en los dos últimos días, pero no se los arrojaron como él pedía. Con gestos amistosos le invitaron a subir por la tabla que le tendieron hasta la arena, mientras le mostraban su mejor y más grande hacha y un collar de piedras semipreciosas.

Pero Lulen, tan prudente como fuerte, percibió que estaban a punto de marcharse y temeroso de aquel monstruo marino que navegaba como un gigantesco cienpiés, se lo llevó con él; se negó rotundamente a subir, pidiendo que le arrojasen los objetos señalados. Al ver que no lo hacían, recogió su jabalí y se dirigió hacia Loreto-Pea.

Los morenos mercachifles no iban a dejar que se les fuera así como así. Tras la semivarada proa surgieron tres guerreros armados con yelmo, coselete y azagayas, además de una larga espada que llevaba al cinto quien parecía mandarlos. Estos se dirigieron a todo correr, hacia el vasco, el cual, consciente de que las cosas no le iban a ir bien si continuaba con el jabalí al hombro, lo arrojó al suelo y aceleró el paso hacia las rocas protectoras. Inmediatamente se dió cuenta de que no era el jabalí lo que aquellos soldados querían, sino a él. Pese a la velocidad de su carrera, no hubiera ido muy lejos si los soldados no tuvieran la consigna de cogerle vivo. No obstante, para amedrentarle, arrojaron algunas de sus azagayas, silbeteándole para no herirle.

En mala hora—para ellos, claro—lo hicieron, ya que Lulen, sintiéndose acorralado, agarró sobre la marcha, una de las que se clavaron en la arena delante de él y, volviéndose raudo, con certero tiro atravesó al fenicio que de más cerca le seguía y que poco se imaginó semejante reacción del perseguido. Luego corrió a apoderarse de otra de las jabalinas lanzadas y con ella en la diestra, se dispuso a hacer frente a los otros dos perseguidores.

No lo hacía por valentía. Al no tener otra escapatoria que trepar por las rocas, sabía que, al subir por ellas, los fenicios le ensartarían como él solía ensartar a los «txurrangillos» cuando era chaval.

Los soldados, viendo que se les enfrentaba y que no era manco manejando jabalinas, ya no jugaron a apresarlos sino

a vengar la muerte de su compañero, lanzándole las azagayas que les quedaban con las peores intenciones. Lulen, diestro en el manejo del palo, supo zafarse de ellas sin poder evitar que una le hiriese ligeramente en el hombro. Pero, al ver a sus enemigos prácticamente desarmados, en lugar de aprovecharlo para huir, se lanzó decididamente hacia ellos. Uno escapó a la carrera, mientras que el otro, que era el de la espada, echó mano a ésta como recurso decisivo. Lulen no se anduvo con florituras y dando un palazo con su azagaya al brazo de su antagonista, hizo saltar por los aires la espada. El fenicio, no obstante, no se dió por vencido y corrió a arrancar la azagaya del cuerpo del caído, mientras Lulen se apoderaba de la espada. El oriental se dispuso a dar una lección a aquel osado salvaje. No podía consentir que un ser primitivo como aquél lo venciese. Pero, el «ser primitivo» luchaba con la ira del atacado injustamente y con la fuerza y agilidad que le daban sus veinte años, así que, no sólo esquivó hábilmente los derrotes de la azagaya con la que el capitán púnico pretendía ensartarle, sino que, a poco, con un formidable y afortunado mandoble, pudo ver admirado como la cabeza de su enemigo, cercenada limpiamente, brincaba a un par de metros de distancia.

Un grupo de soldados saltaba en aquellos momentos de la nave para acudir en socorro de los que ya no lo necesitaban. Lulen, exultante de alegría por su victoria y por aquella inverosímil arma conquistada, no les esperó, sino que trepando por las rocas fue a perderse en la maraña de la vegetación que más arriba las cubría, no sin oír el silbido de algunas flechas antes de ponerse enteramente a salvo.

Cuando llegó donde los suyos y les contó su aventura, todos se aprestaron a repeler un posible ataque de represalia. Pero pronto pudieron cerciorarse de que los fenicios habían tenido bastante con aquel encuentro y que se hacían a la mar, llevándose a sus muertos.

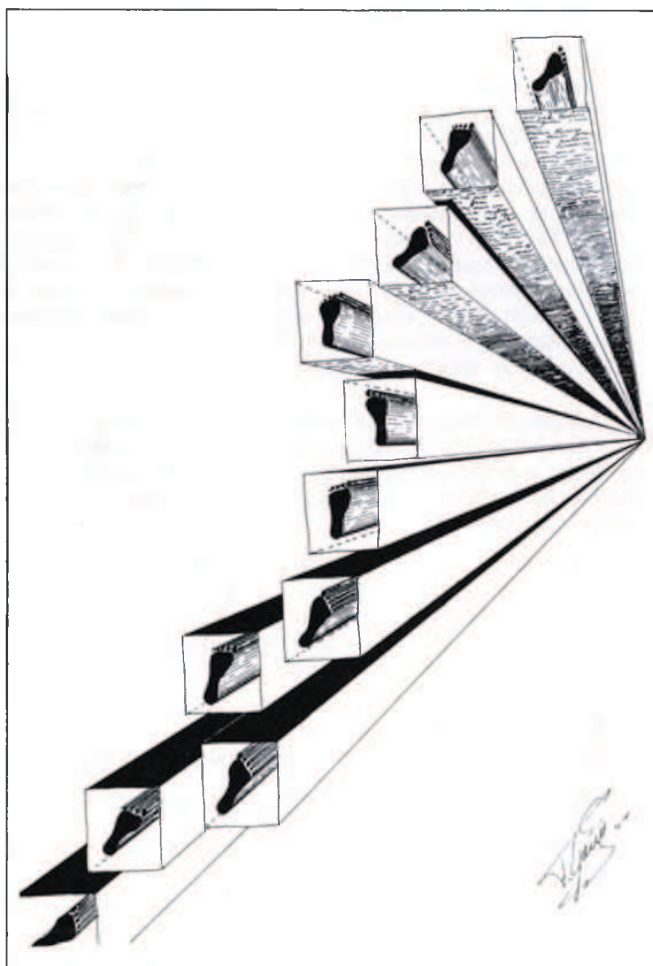
Lulen relató una y mil veces su proeza de vencer a tres enemigos a la vez, que le atacaron estando él sin armas; de cómo se apoderó de aquel largo cuchillo capaz de segar cabezas tan limpiamente. En sus relatos, de vez en cuando, lleno de emoción y orgullo, levantaba el «largo cuchillo» en alto y gritaba:

¡Honeko bezela ez bada! ¡Ez bada!

Luego, los bardos tomaron por su cuenta la proeza y la cantaron terminando sus versos con el: «*¡Honeko bezela ez bada! ¡Ez bada!*».

Y, corriendo el tiempo, y por esas transferencias de letras que alteran los idiomas y que, al parecer, son mucho más fáciles que las transferencias autonómicas, el admirativo *¡Ez bada!* se convirtió en *¡Ez pata!*.

¿Qué no se lo creen? Si no hubiera incrédulos, todo sería más fácil en este mundo. ¿No les parece?



(*) Este cuento quedó finalista en el Concurso «Ciudad de San Sebastián de 1986».